

**Fernando Calderón, Martín Hopenhayn
y Ernesto Ottone, *Esa esquiva modernidad.*
*Desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina
y el Caribe*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996, 112 pp.**

Como sabemos, el proceso de globalización, la formación de la denominada "aldea global", ha traído consigo una modificación drástica de las estructuras económicas, de las relaciones políticas y, en sí, de las condiciones en que tanto los países como los individuos vivíamos la realidad y el pensamiento. La "aldea global" transforma la organización y el funcionamiento de la vida social al poner en marcha una serie de "fuerzas globales", que nos están sacando de nuestros esquemas tradicionales para situarnos frente a un singular conjunto de circunstancias nuevas. Entre ellas sobresale un nuevo paradigma productivo basado en el uso intensivo de la tecnología, en el impulso a un comercio internacional irrestricto, en la creciente importancia de la información y el conocimiento, en la internacionalización del capital, en la interdependencia económica y política y, en fin a la instauración del reino de la racionalidad instrumental como fin último e hilo conductor de las relaciones humanas. A la par de estos cambios o como resultado de

éstos, asistimos también a una serie de retos globales relacionados con aspectos ambientales, con la explosión demográfica, con problemas de emigración ilegal y con la demanda global de trabajo.

Este conjunto de transformaciones no es en sí mismo algo bueno; probablemente se produzcan consecuencias adversas con relación al desigual patrón de cambio y a las diferentes respuestas que la especie humana dé al mismo. Por si todo esto fuera poco, el proceso de globalización reinaugura la discusión acerca de la modernidad, entendida como "un proyecto cultural en el cual han convivido dos tendencias fuertes: de una parte, la difusión de valores y actitudes básicos vinculados a la promoción de la libertad social e individual, al progreso social, al desarrollo de potencialidades personales, y a una vocación democrática que lleva a la defensa de la tolerancia y de la diversidad. De otra parte, la modernidad tiende a la difusión de una racionalidad formal y de una racionalidad instrumental, necesarias para la moderni-

zación, pero con un costo en términos de “cosificación” de la vida humana” (p. 36). En suma, nos encontramos en un interregno en el cual la globalización y la modernidad se presentan como dos caras de la misma moneda.

Con este telón de fondo, Fernando Calderón, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone, en *Esa esquiva modernidad*, nos proponen pensar en la relación entre desarrollo y ciudadanía, en la cual la dimensión cultural adquiere una especial centralidad en la medida que “sólo forjando substratos socioculturales sólidos en cada país, se podrán enfrentar los retos de la globalización con mayor nivel de autonomía y mayores posibilidades de integración social” (p. 31). En este contexto, la globalización deriva en un conjunto de fuerzas antagónicas con la construcción de sociedades modernas, contrarias a la equidad, la democracia y el crecimiento económico que se traducen en la aparición de corrientes y movimientos como los nacionalismos y los particularismos, opuestos a la modernidad en vista de la “ajenidad” de la misma, de tal suerte que encontramos por lo menos dos respuestas a la modernización: aquellas que se oponen a la misma en la medida en que ésta ha exacerbado las desigualda-

des y en quebrantar las tradiciones, y aquélla como la japonesa, en la cual los rasgos centrales de su éxito se basan en la vinculación entre la tradición religiosa y familiar con el nuevo paradigma económico. Asistimos así a una contradicción entre modernización y tradición cultural en América Latina, en un contexto de crisis y ajustes económicos recurrentes, con democracias incipientes y frágiles, con diseños institucionales débiles y con una conflictividad social creciente que nos conduce a la necesidad de replantear un nuevo núcleo de valores que permitan a la región insertarse de manera diferente a los procesos en marcha. Por ello, y con el fin de escudriñar la particularidad latinoamericana, los autores parten de una perspectiva crítica de la modernidad, es decir, aquella que “implica romper con la oposición entre racionalización y subjetividad, y entre tradición y progreso, e implica la búsqueda de sus complementariedades e interacciones” (p. 35), y tal vez sea ésta la virtud más grande del libro: no existe una lectura en blanco y negro de la globalización y de la modernidad como agentes internacionales del apocalipsis, sino que se reconoce la importancia de la racionalización, pero acompañándola de valores modernos aso-

ciados con tolerancia, diversidad y democracia. En consecuencia, un nuevo concepto de ciudadanía y un nuevo tejido cultural aparecen como factores imprescindibles para construir una modernidad que intente conciliar la libertad individual y la racionalización modernizadora con la pertenencia comunitaria.

La ciudadanía

Para los autores, la ciudadanía es entendida como una conciencia que “se vincula a un ejercicio político, sea en el espacio nacional o local, donde diferentes grupos culturales o sociales se asumen como ciudadanos para que exista un ejercicio real democrático. En este proceso es vital el reconocimiento del otro en su especificidad individual y diferencia cultural [...] sólo en cuanto los valores ciudadanos sean universales podrán reconocerse y afirmarse las distintas identidades culturales y actores sociales”. Como vemos, el concepto de ciudadanía está estrechamente ligado a lo que Charles Taylor ha denominado la política del reconocimiento, es decir, aquella identidad ciudadana que se moldea por el reconocimiento o por la falta de éste, y por el respeto a la identidad cultural en la medida en que ésta depende de las relaciones dialógicas con los

demás. Así, encontramos que la ciudadanía es una especie de nexo entre los derechos de representación política y la afirmación de identidades culturales, una reformulación de la ciudadanía en función de identidades culturales que implica un nuevo sustrato cultural que compatibilice la lógica de la modernidad con las demandas particulares de los actores sociales. Lo anterior requiere también nuevas formas de integración social en tres sentidos: una distribución más justa de opciones productivas, un orden más equitativo en el intercambio comunicativo, y una reciprocidad efectiva entre sujetos de distintas identidades culturales, lo cual pasa por la necesaria difusión de códigos de modernidad que permitan una mejor y más rápida adaptación al entorno social y económico. En síntesis, la modernización o, mejor dicho, una nueva concepción de la misma, pasa por la construcción de una nueva ciudadanía, donde el entramado cultural es un cimiento fundamental.

Las marcas culturales

El arribo de América Latina y el Caribe a una modernidad incluyente pasa necesariamente —argumentan Calderón, Hopenhayn y Ottone—, por superar la larga y triste tradición de lo que deno-

minan “la dialéctica de la negación”, entendida como aquella práctica que niega y discrimina por igual al indio y al mestizo que al campesino, al marginal o a el pagano, misma que cimienta el camino para la exclusión social, política y económica.

Este lamentable juego de identificaciones y diferenciaciones ha sido muy importante en la construcción de instituciones reales, por lo cual reconocer y tratar como iguales a los miembros de ciertos grupos es algo que hoy parece requerir de instituciones que reconozcan, y que no pasen por alto, las particularidades culturales, al menos en lo que se refiere a aquellos cuya comprensión de sí mismos depende de la vitalidad de su cultura. Este requisito del reconocimiento político de la particularidad cultural, es además, compatible con una forma de modernidad que considera entre sus intereses básicos la cultura y el contexto cultural que valoran los individuos.

De esta forma, el abigarrado tejido intercultural de la región, se presenta como nuestra forma de ser modernos y, al mismo tiempo, de resistir a la modernidad. Por tanto, asumir positivamente

nuestra condición intercultural aparece más como un “activo de entrada” a la modernidad que como un obstáculo insuperable.

Cambio y tradición

Para los autores, la complicada pero necesaria articulación entre cambio y tradición, modernidad e identidad, pasa necesariamente por la construcción de un sistema educativo que inculque un renovado núcleo de valores. Estos últimos deben enlazar el pluralismo cultural, la integración social y modernización de las estructuras productivas. En suma, una modernidad auténtica sólo podrá surgir de un esfuerzo endógeno.

Partir de la necesidad de incorporar el ámbito cultural a un proyecto de desarrollo económico y de construcción de una nueva ciudadanía, en la medida en que la dinámica económica seguirá afectando las posibilidades de un tejido cultural compatible con los desafíos de la modernidad en América Latina y el Caribe, no es poca cosa pero, como dicen los autores citando un viejo proverbio oriental: iniciar el camino es ya el comienzo de la meta.

*Manuel Palma Rangel**

* Alumno de la maestría en Gobierno y Asuntos públicos (III Promoción) de FLACSO-México.